



CAPITULO XLI.

VIAGE A LACONIA.

Nos embarcamos en Feras, en una nave que daba la vela para el puerto de Escandea, en la pequeña isla de Citera, situada á la extremidad de la Laconia. A este puerto vienen á parar los barcos mercantes que salen de Egipto y de Africa: de allí se sube á la ciudad, en donde tienen una guarnicion los Lacedemonios: ademas de esto envian todos los años á la isla un magistrado para gobernarla.

Nosotros éramos jóvenes, y teníamos familiaridad con algunos pasajeros de nuestra edad. El nombre de Citera despertaba en nosotros ciertas ideas risueñas: aquí es, donde de tiempo inmemorial, subsiste con lustre el mas antiguo y respetado de los templos consagrados á Venus: aquí es donde la diosa se manifestó, por la primera vez, á los mortales, y los Amores tomaron con ella posesion de esta tierra, hermoseedada aun en el dia con las flores, que brotaban en su presencia. Desde entonces se conoce el atractivo de las pláticas sabrosas, y de la tierna sonrisa. ¡Ah! sin duda que en esta region dichosa no tienen los corazones otro afan que el unirse, y pasarán los habitantes sus dias en la abundancia y los placeres.

El capitán nos escuchaba con grande admiracion, y nos dijo friamente: esos habitantes comen higos, y queso cocido: tienen tambien vino y miel, pero nada les da la tierra sin el sudor de su rostro, porque el terreno es árido y peñascoso. Además de esto, son tan ansiosos del dinero, que no conocen esa tierna sonrisa. Yo he visto un templo viejo que tienen, edificado antiguamente por los Fenicios, en honor de Venus Urania: su estatua jamas podrá excitar deseos; está cubierta de armas desde la cabeza á los pies. A mí me han dicho tambien, que saliendo la diosa del mar, vino á esta isla; pero

tambien me han dicho, que al punto se huyó á Quipre.

De estas últimas palabras inferimos nosotros, que algunos fenicios habian pasado el mar, y llegado al puerto de Escandea, adonde trajeron el culto de Venus; que este culto se extenderia á los paises vecinos, y de aqui nacieron tantas fábulas absurdas, el nacimiento de Venus, su salida del seno de las olas, y su llegada á Citera.

En lugar de ir con nuestro capitán á esta isla, le suplicamos nos dejase en Ténaro, ciudad de Laconia, cuyo puerto es bastante capaz para contener muchas naves: está situada cerca de un cabo del mismo nombre, sobre el cual hay un templo, como le hay en los principales promontorios de la Grecia. Estos objetos de veneracion atraen los votos y ofrendas de los marineros. El de Ténaro, dedicado á Neptuno, está rodeado de un bosque sagrado, que sirve de asilo á los reos: la estatua del dios está á la entrada; y en el fondo se abre una caverna inmensa, muy afamada entre los Griegos.

Se presume que al principio fué la guarida de una serpiente enorme que mató Hércules; la cual confundieron con el perro de Pluton, porque sus heridas eran mortales. Juntóse esta idea á la que ya se tenia, de que la caverna iba á dar á los reinos sombríos, por subterranos, cuyas

avenidas no nos fué posible descubrir, cuando la vimos.

Aquí veis, nos decia el sacerdote, una de las bocas del infierno. Otras semejantes hay en otros lugares, como en la ciudad de Hermione en la Argólide, de Heraclea en el Ponto, de Aorno en Epiro, de Cumas cerca de Nápoles; mas á pesar de las pretensiones de estos pueblos, nosotros defendemos, que por esta lóbrega caverna es por donde Hércules, sacó al Cerbero, y Orfeo á su esposa.

Pero estas tradiciones os parecerán de menos importancia que el uso de que voy á hablar. Esta caverna tiene un privilegio, de que gozan otras muchas ciudades: y es, que nuestros adivinos vienen á ella á evocar las sombras tranquilas de los muertos, y arrojar al fondo de los abismos las que turban el reposo de los vivos. Hay ceremonias santas que operan estos efectos maravillosos: lo primero es emplear sacrificios, libaciones, oraciones y fórmulas misteriosas: despues es preciso pasar la noche en el templo, y, segun dicen, nunca deja la sombra de aparecer en sueños.

Sobre todo, se cuida mucho de aplacar las almas que ha separado del cuerpo el hierro ó el veneno. Así es, que Calondas vino en otro tiempo por orden de la Pitia á apaciguar los manes irritados del poeta Arquiloco, á quien le habia

quitado la vida. Todavía os citaré un hecho mas reciente: Pausanias, que mandaba el ejército griego en Platea, habia metido el puñal, por un descuido fatal, en el seno de su amada Cleonice, y atormentado continuamente con esta memoria, la veia entre sueños, que le dirigia estas terribles palabras: *el suplicio te aguarda*. Fuése á Heraclea del Ponto; lleváronle los adivinos á la caverna, donde evocan las sombras; y allí vió la de Cleonice, que le predijo, que hallaria en Lacedemonia el término de sus tormentos: fué allá inmediatamente, y habiendo sido declarado por reo, se refugió á una casita, donde le negaron todos los medios de subsistir. Habiendo corrido despues el rumor de que su sombra se oia gemir en los lugares santos, llamaron á los adivinos de Tesalia, que la aplacaron con las ceremonias acostumbradas en semejantes ocasiones. Yo refiero estos prodigios, añadió el sacerdote, mas no salgo fiador de ellos. Tal vez no hallando modo de inspirar el horror debido al homicidio, se ha procedido con buen acuerdo, en mirar el sobresalto que acompaña al crimen, como el ahullido de las sombras que persiguen al culpado.

Yo no sé, dijo entonces Filotas, hasta qué punto se debe ilustrar al pueblo; pero á lo menos es preciso ponerle al abrigo del exceso del error. Los Tesalos dieron en el siglo último una

triste prueba de esta verdad. Tenian su ejército á la vista del de los Focenses, quienes en una noche muy clara destacaron contra el campo enemigo seiscientos hombres untados de yeso; y aunque esta treta era muy grosera, los Tesalos, que estaban acostumbrados desde la infancia á oír cuentos de apariciones de fantasmas, tuvieron estos soldados por genios celestes, que habian venido al socorro de los Focenses; hicieron poquisima resistencia, y se dejaron degollar como víctimas.

Otra ilusion semejante, respondió el sacerdote, produjo en otro tiempo el mismo efecto en nuestro ejército, cuando estando en la Mesenia, creyó ver á Castor y Polux, que hermoseaban con su presencia la fiesta que celebraba en su honor. Dos mesenios hermosos, y en la flor de la edad, se dejaron ver al frente del campo, montados sobre soberbios caballos, la lanza en ristre, con una túnica blanca, un manto de púrpura, una gorra puntiaguda, que remataba en una estrella; tales en fin, cuales representan á los dos heroes, que son el objeto de nuestro culto. Entran, y acometiendo á los soldados que estaban postrados á sus pies, hacen en ellos una carniceria horrible, y se retiran tranquilamente. Irritados los dioses de esta perfidia, descargaron luego su ira sobre los Mesenios.

¿Qué es lo que decis de perfidia, le dije yo,

hombres injustos, manchados con todos los crímenes de la ambicion? Yo tenia una alta idea de vuestras leyes; pero vuestras guerras en la Mesenia han impreso una mancha indeleble en vuestra nacion. ¿Os han hecho acaso una relacion fiel, replicó él: seria esta la primera vez que los vencidos hubiesen hecho justicia á los vencedores. Escuchadme un poco.

Cuando los descendientes de Hércules volvieron al Peloponeso, Cresfonte obtuvo por sorpresa el trono de Mesenia; pero asesinado algun tiempo despues, y refugiados sus hijos á Lacedemonia, nos cedieron estos los derechos que tenian á la herencia de su padre. Aunque esta cesion la legitimó la respuesta del oráculo de Delfos, no quisimos hacerla valer en mucho tiempo.

Reinando Teleclo, enviamos, segun era costumbre, un coro de doncellas, conducido por este principe, á presentar ofrendas al templo de Diana Limnea, situado en los confines de la Mesenia y de la Laconia. Deshonradas estas por unos jóvenes de Mesenia, se dieron muerte por no sobrevivir á su ignominia; y el rey mismo pereció por defenderlas. Para disculpase los Mesenios de tan vil atentado, recurrieron á suposiciones absurdas; y Lacedemonia devoró esta afrenta, mas bien que romper la paz. Habiendo agotado su paciencia con nuevos insultos, re-

cordó sus antiguos derechos , y comenzó las hostilidades. Esta fué mas bien una guerra de venganza que de ambicion. Juzgadlo vos mismo por el juramento que hicieron los jóvenes esparciatas de no volver á su casa hasta subyugar la Mesenia , y por el celo con que los ancianos llevaron al cabo esta empresa.

Concluida la primera guerra , las leyes de la Grecia nos autorizaban á poner á los vencidos en el número de los esclavos , pero nos contentamos con imponerles un tributo. Las rebeliones frecuentes que excitaban en la provincia , nos obligaron á darles cadenas despues de la segunda guerra , y al acabarse la tercera á alejarlos de nuestra vecindad. Tan conforme al derecho público de las naciones pareció nuestra conducta , que en los tratados anteriores á la batalla de Leuctres , nunca nos propusieron ni los Griegos ni los Persas dar á la Mesenia la libertad. En cuanto á lo demas , yo nó soy mas que un ministro de paz : si mi patria se ve forzada á tomar las armas , la compadezco ; y si comete injusticias , la condeno. Cuando empieza la guerra , me estremezco de las crueldades que van á cometer mis semejantes , y pregunto , ¿ que por qué son crueles ? Pero esto es un arcano de los dioses , y es preciso adorarlos , y callar.

Dejamos á Ténaro , despues de haber visto en sus inmediaciones las canteras , de que se saca

una piedra negra , tan preciosa como el marmol , y fuimos á Gitio , ciudad murada , y fortísima , con un puerto excelente , donde están las flotas de los Lacedemonios , y se reune cuanto es necesario para proveerlas. Dista de la ciudad treinta estadios.

La historia de los Lacedemonios ha dado tanto lustre al corto pais que habitan , que ibamos á ver las menores aldeas , y las mas pequeñas ciudades , tanto en las cercanias del seno Lacónico , como en lo interior del pais. Por todas partes nos enseñaban templos , estatuas , columnas , y otros monumentos , la mayor parte de un trabajo tosco , algunos de una antigüedad respetable. En el gimnasio de Asopo fijaron nuestra atencion unos huesos humanos de prodigioso tamaño.

Llegados á las márgenes del Eurotas , subimos por su orilla , pasando primero por un valle que riegan sus aguas , y despues por medio de una llanura que se extiende hasta Lacedemonia , el rio corria á nuestra derecha : á la izquierda se levantaba el monte Taigeto , en cuyo pie ha cavado la naturaleza en la peña muchas y espaciosas cuevas.

En Briseas hallamos un templo de Baco , cuya entrada está prohibida á los hombres , y donde las mugeres solas tienen derecho de sacrificar y hacer ciertas ceremonias , que no les es lícito revelar. Antes habiamos visto una ciudad de La-

conia, donde las mugeres están excluidas de los sacrificios que se ofrecen al dios Marte. Desde Briseas nos mostraron sobre la cima del monte vecino, un lugar llamado Taleto, donde entre otros animales, inmolan caballos al sol. Mas allá hay un lugarcillo, cuyos habitantes se glorian de haber inventado las muelas para moler el grano.

A poco se ofreció á nuestros ojos la ciudad de Amiclas, situada sobre la ribera izquierda del Eurotas, distante de Lacedemonia cerca de veinte estadios. Al llegar, vimos sobre una columna la estatua de un atleta que espiró un momento despues de haber recibido en los juegos olímpicos, la corona destinada á los vencedores; al rededor hay muchas trípodés, consagradas por los Lacedemonios á varias divinidades, por sus victorias contra los Atenienses y Mesenios.

Estábamos con gran deseo de ver el templo de Apolo, uno de los mas famosos de la Grecia. La estatua del dios, de cerca de treinta codos de altura*, está toscamente labrada, y se resiente del gusto de los Egipcios: parece una columna de bronce, á la que se le ha pegado una cabeza, cubiertá con un casco, dos manos con un arco y una lanza, y dos pies de que no se ven mas que las puntas. Este monumento es antiquísimo; pos-

* Cerca de cuarenta y dos pies y medio nuestros (49 pies y medio de España).

teriormente un artifice llamado Baticles, le colocó sobre una basa en figura de altar, en medio de un trono, que está sostenido por las Horas y por las Gracias. El mismo artista decoró las caras de la basa, y todas las partes del trono, con bajos relieves que representan tantos asuntos, y tienen tanta multitud de figuras, que no se pueden describir sin causar un mortal enfado.

El templo está servido por sacerdotisas, y la primera de ellas toma el nombre de Madre. Cuando muere, se escribe en marmol su nombre, y los años de su sacerdocio. Nos enseñaron las tablas que contienen la sucesion de estas épocas, preciosas para la cronología, y leimos en ellas el nombre de Laodamea, hija de Amiclas, que reinaba en este pais mas de mil años hace. Otras inscripciones depositadas en estos lugares para hacerlas mas venerables, contienen tratados entre las naciones; muchos decretos de los Lacedemonios, relativos ya á las ceremonias religiosas, ya á las expediciones militares; y votos hechos al dios por los soberanos y por los particulares.

No lejos del templo de Apolo hay otro, cuyo cuerpo no tiene mas de unos diez y siete pies de largo sobre diez y medio de ancho. Cinco piedras toscas y negras de cinco pies de grueso, forman las cuatro paredes y la cubierta, sobre la cual hay otras dos piedras que se

meten mas adentro. Está sentado el edificio sobre tres gradas, cada una de una pieza sola. Sobre la puerta están grabadas con caracteres antiquisimos estas palabras: *Eurotas, rey de los Icteucretes, á Onga*. Este príncipe vivia tres siglos antes de la guerra de Troya. El nombre de Icteucretes indica los antiguos habitantes de la Laconia, y el de Onga, una divinidad de Fenicia ó de Egipto; la misma, segun se cree, que la Minerva de los Griegos.

Este edificio, de que nos acordamos mas de una vez en nuestro viage á Egipto, es muchos siglos anterior á todos los mas antiguos de la Grecia. Despues de haber admirado su sencillez y solidez, caimos en una especie de recogimiento, cuya causa quisimos averiguar despues. Esto, decia Filotas, no es mas que efecto de admiracion; porque miramos la suma de los siglos pasados desde la fundacion de este templo, con el mismo asombro que, al llegar al pie de un monte, medimos con la vista su altura respetuosa: la extension de la duracion produce el mismo efecto que la del espacio. Sin embargo, respondí yo, la una deja en nuestras almas cierta impresion de tristeza, que no hemos experimentado nunca al aspecto de la otra; esto es, que en efecto tenemos mas apego á la duracion que á la magnitud; y como todas estas ruinas antiguas son los trofeos del tiempo destructor, llevan á pesar nues-

tro la atencion á la inestabilidad de las cosas humanas. Aquí, por ejemplo, la inscripcion nos ha presentado el nombre de un pueblo, de que no teniamos noticia: este pueblo ha desaparecido, y solo este templo es el único testigo de su existencia, y el único residuo de su naufragio.

Praderas risueñas, y árboles soberbios, adornan las inmediaciones de Amiclas; las frutas son excelentes. Esta es una mansion agradable, muy poblada, y siempre llena de extrangeros, atraidos por la hermosura de sus fiestas, ó por motivos de religion. La dejamos para ir á Lacedemonia.

Nos alojamos en casa de Damonax, á quien nos habia recomendado Xenofonte. Filotas se halló allí con cartas, que le obligaron á partir el dia siguiente para Atenas. No hablaré de Lacedemonia hasta que haya dado una idea general de la provincia.

Por el este y el sur la termina el mar; por el oeste y el norte unos altos montes ó colinas que bajan de ellos, y forman en medio valles agradables. Los montes del oeste se llaman Taigeto. Desde algunas de sus cumbres elevadas sobre las nubes, puede extenderse la vista sobre todo el Peloponeso. Sus costados casi enteramente cubiertos de árboles, sirven de guarida á las cabras monteses, á los osos, jabalies y ciervos.

La naturaleza, que se ha complacido en multiplicar aquí estas especies, parece que ha pro-